



La hora de clase Massimo Recalcati

(Milán, 1959) es un destacado psicoanalista, director del Instituto de Investigación en Psicoanálisis Aplicado y colaborador habitual de *La Repubblica*; es también uno de los ensayistas más prestigiosos y leídos de su país. Enseña, en la Universidad de Pavía, psicopatología del comportamiento alimentario, tema sobre el que ha escrito varios libros de referencia. En Anagrama ha publicado: *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor, Ya no es como antes. Elogio del perdón en la vida amorosa, La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza, Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno, El secreto del hijo. De Edipo al hijo recobrado y Retén el beso.*

FUENTE: Recalcati, Massimo. *La hora de clase*, Anagrama, Barcelona. Introducción (fragmento)

Cuando un profesor entra en el aula (o cuando un padre toma la palabra en la familia), debe ganarse una y otra vez el silencio que honra su palabra, no pudiendo apoyarse ya en la fuerza de la tradición –que entretanto se ha desmigajado–, sino apelando únicamente a la fuerza de sus actos. Siempre que un profesor entra en el aula tiene que lidiar con su propia soledad, con un vacío de sentido entre cuyos límites se ve obligado a medir su propia palabra. Lo mismo ocurre en el seno de las familias, donde la autoridad de la palabra del padre no se transmite ya como un hecho natural, sino que debe ser reconquistada en cada ocasión desde el principio.

Es la cifra fundamental de nuestro tiempo: en la era del debilitamiento generalizado de toda autoridad simbólica, ¿es posible todavía una palabra digna de respeto? ¿Qué queda de la palabra de un maestro o de un padre en la época de su evaporación? ¿Puede contentarse la práctica de la enseñanza con quedar reducida a la transmisión de información –o, como prefiere decirse, de competencias–, o debe mantener viva la relación erótica del sujeto con el saber?

Se trata de una encrucijada cultural a la que nos vemos abocados. Pero para elegir el camino de la ero-

tización del saber es necesario que el profesor sepa preservar el lugar correcto de lo imposible. Es el rasgo que marca toda auténtica transmisión: la transmisión del saber, de la que la Escuela es responsable a todos los niveles, desde los centros de primaria hasta los de posgrado, no consiste en la clarificación de la existencia o en la reducción de la verdad a una suma de datos, sino en poner en evidencia su rotación alrededor de una transmisión imposible. El maestro no es aquel que posee el conocimiento, sino aquel que sabe entrar en una relación única con la imposibilidad que recorre el conocimiento, que es *la imposibilidad de saber todo el saber*. ♦

Contenido



LIBROS

Spencer Johnson
(y Constance Johnson):
El profesor al minuto
Página 2

CUENTO

Julio Ramón Ribeyro:
El profesor suplente
Página 3

NOTAS / ARTÍCULOS / ANUNCIOS

El Día del Maestro en México
La maternidad en el siglo XXI
Página 4

Libros Arte Ciencia **Educación** Finanzas Historia Literatura Psicología Libros

EL PROFESOR AL MINUTO

Cómo enseñar a los demás a enseñarse a sí mismos

Este libro ayudará a profesores y educadores a crear un nuevo tipo de aprendizaje para los alumnos. Mediante el empleo de los Objetivos, la Recuperación y el Elogio de un Minuto, los autores explican de qué manera los profesores pueden hacer una aportación definitiva para cambiar el estilo de vida de sus alumnos, mientras ellos mismos se sienten con renovado vigor y entusiasmo para el ejercicio de su importantísima profesión. Escrito en forma de parábola, este libro muy ameno y de fácil lectura motivará a los alumnos para que se conviertan en mejores estudiantes y causará un

Por el autor del gran éxito
¿Quién se ha llevado mi queso?

EL PROFESOR AL MINUTO

CÓMO ENSEÑAR A LOS DEMÁS A ENSEÑARSE A SÍ MISMOS

SPENCER JOHNSON
CONSTANCE JOHNSON

DEBOLSILLO

efecto duradero en cuantos intervienen en la relación profesor-alumno. Spencer Johnson y Constance Johnson nos brindan ahora un método convincente y definitivo para enseñar a los demás a enseñarse a sí mismos.

SPENCER JOHNSON (Y CONSTANCE JOHNSON)



(MITCHELL, DAKOTA DEL SUR, 1938-ENCINITAS, SAN DIEGO, 2017) fue un escritor y psicólogo estadounidense, conocido sobre todo por el éxito internacional de su libro *¿Quién se ha llevado mi queso?* (1998). Es también coautor, con Ken Blanchard de la serie de libros *El ejecutivo en un minuto* (Un joven que quiere convertirse en un gran ejecutivo, trabajo con varios empresarios que no le aportan nada la forma en como habían logrado ser unos importantes ejecutivos. Unos se definían como jefes duros y los otros como demócratas. Dos extremos con sus pros y sus contras. Así que ninguno de los extremos le pareció correcto y volvió a casa. Su sorpresa fue cuando le hablaron de una empresa que al parecer era perfecta, así que fue a visitarla....). ♦

FUENTE: https://es.wikipedia.org/wiki/Spencer_Johnson

FUENTE: <https://librotea.com/libros/el-profesor-al-minuto-como-enseñar-a-los-demás-a-enseñarse-a-sí-mismos-eygzeihyzm/>



Centro de Educación Abierta

El trabajo del maestro no consiste tanto en enseñar todo lo aprendible, sino en producir en el alumno amor y estima por el conocimiento.

JOHN LOCKE

Felicitamos a todos nuestros profesores por la importante labor que realizan.

Gracias.

Cuento

Julio Ramón Ribeyro

EL PROFESOR SUPLENTE

Hacia el atardecer, cuando Matías y su mujer sorbían un triste té y se quejaban de la miseria de la clase media, de la necesidad de tener que andar siempre con la camisa limpia, del precio de los transportes, de los aumentos de la ley, en fin, de lo que hablan a la hora del crepúsculo los matrimonios pobres, se escucharon en la puerta unos golpes estrepitosos y cuando la abrieron irrumpió el doctor Valencia, bastón en mano, sofocado por el cuello duro.

-¡Mi querido Matías! ¡Vengo a darte una gran noticia! De ahora en adelante serás profesor. No me digas que no... ¡espera! Como tengo que ausentarme unos meses del país, he decidido dejarte mis clases de historia en el colegio. No se trata de un gran puesto y los emolumentos no son grandiosos pero es una magnífica ocasión para iniciarte en la enseñanza. Con el tiempo podrás conseguir otras horas de clase, se te abrirán las puertas de otros colegios, quién sabe si podrás llegar a la Universidad... eso depende de ti. Yo siempre te he tenido una gran confianza. Es injusto que un hombre de tu calidad, un hombre ilustrado, que ha cursado estudios superiores, tenga que ganarse la vida como cobrador... No señor, eso no está bien, soy el primero en reconocerlo. Tu puesto está en el magisterio... No lo pienses dos veces. En el acto llamo al director para decirle que ya he encontrado un reemplazo. No hay tiempo que perder, un taxi me espera en la puerta... ¡Y abrázame, Matías, dime que soy tu amigo!

Antes de que Matías tuviera tiempo de emitir su opinión, el doctor Valencia había llamado al colegio, había hablado con el director, había abrazado por cuarta vez a su amigo y había partido como un celaje, sin quitarse siquiera el sombrero.

Durante unos minutos, Matías quedó pensativo, acariciando esa bella calva que hacía las delicias de los niños y el terror de las amas de casa. Con un gesto enérgico, impidió que su mujer intercala un comentario y, silenciosamente, se acercó al aparador, se sirvió del oporto reservado a las visitas y lo paladeó sin prisa, luego de haberlo observado contra luz de la farola.

-Todo esto no me sorprende -dijo al fin-. Un hombre de mi calidad no podía quedar sepultado en el olvido.

Después de la cena se encerró en el comedor, se hizo llevar una cafetera, desempolvó sus viejos textos de estudio y ordenó a su mujer que nadie lo interrumpiera, ni siquiera Baltazar y Luciano, sus colegas del trabajo, con quienes acostumbraba reunirse por las noches para jugar a las cartas y hacer chistes procaces contra sus patronos de la oficina.

A las diez de la mañana, Matías abandonaba su departamento, la lección inaugural bien aprendida, rechazando con un poco de impaciencia la solicitud de su mujer, quien lo seguía por el corredor de la quinta, quitándole las últimas pelusillas de su terno de ceremonia.

-No te olvides de poner la tarjeta en la puerta -recomendó Matías antes de partir-. Que se lea bien: Matías Palomino, profesor de historia.

En el camino se entretuvo repasando mentalmente los párrafos de su lección. Durante la noche anterior no había podido evitar un temblorcito de gozo cuando, para designar a Luis XVI, había descubierto el epíteto de Hidra. El epíteto pertenecía al siglo XIX y había caído un poco en desuso pero Matías, por su porte y sus lecturas, seguía perteneciendo al siglo XIX y su inteligencia, por donde se la mirara, era una inteligencia en desuso. Desde hacía doce años, cuando por dos veces consecutivas fue aplazado en el examen de bachillerato, no había vuelto a hojear un solo libro de estudios ni a someterse una sola cogitación al apetito un poco lánguido de su espíritu. Él siempre achacó sus fracasos académicos a la malevolencia del jurado y a esa especie de amnesia repentina que lo asaltaba sin remisión cada vez que tenía que poner en evidencia sus conoci-



mientos. Pero si no había podido optar al título de abogado, había elegido la prosa y el corbatín del notario: si no por ciencia, al menos por apariencia, quedaba siempre dentro de los límites de la profesión.

Cuando llegó ante la fachada del colegio, se sobrepuso en seco y quedó un poco perplejo. El gran reloj del frontis le indicó que llevaba un adelanto de diez minutos. Ser demasiado puntual le pareció poco elegante y resolvió que bien valía la pena caminar hasta la esquina. Al cruzar delante de la verja escolar, divisó un portero de semblante hosco, que vigilaba la calzada, las manos cruzadas a la espalda.

En la esquina del parque se detuvo, sacó un pañuelo y se enjugó la frente. Hacía un poco de calor. Un pino y una palmera, confundiendo sus sombras, le recordaron un verso, cuyo autor trató en vano de identificar. Se disponía a regresar -el reloj del Municipio acababa de dar las once- cuando detrás de la vidriera de una tienda de discos distinguió a un hombre pálido que lo espiaba. Con sorpresa constató que ese hombre no era otra cosa que su propio reflejo. Observándose con disimulo, hizo un guiño, como para disipar esa expresión un poco lóbrega que la mala noche de estudio y de café había grabado en sus facciones. Pero la expresión, lejos de desaparecer, desplegó nuevos signos y Matías comprobó que su calva convalecía tristemente entre los mechones de las sienes y que su bigote caía sobre sus labios con un gesto de absoluto vencimiento.

Un poco mortificado por la observación, se retiró con ímpetu de la vidriera. Una sofocación de mañana estival hizo que aflojara su corbatín de raso. Pero cuando llegó ante la fachada del colegio, sin que en apariencia nada lo provocara, una duda tremenda le asaltó: en ese momento no podía precisar si la Hidra era un animal marino, un monstruo mitológico o una invención de ese doctor Valencia, quien empleaba figuras semejantes para demoler sus enemigos del Parlamento. Confundido, abrió su maletín para revisar sus apuntes, cuando se percató que el portero no le quitaba el ojo de encima. Esta mirada, viniendo de un hombre uniformado, despertó en su conciencia de pequeño contribuyente tenebrosas asociaciones y, sin poder evitarlo, prosiguió su marcha hasta la esquina opuesta.

Allí se detuvo resollando. Ya el problema de Hidra no le interesaba: esta duda había arrasado otras muchísimo más urgentes. Ahora en su cabeza todo se confundía. Hacía de Colbert un ministro inglés, la joroba de Marat la colocaba sobre los hombros de Robespierre

y por un artificio de su imaginación, los finos alejandrinos de Chenier iban a parar a los labios del verdugo Sansón.

Aterrado por tal deslizamiento de ideas, giró los ojos locamente en busca de una pulpería. Una sed impostergable lo abrasaba.

Durante un cuarto de hora recorrió inútilmente las calles adyacentes. En ese barrio residencial sólo se encontraban salones de peinado. Luego de infinitas vueltas se dio de bruces con la tienda de discos y su imagen volvió a surgir del fondo de la vidriera. Esta vez Matías lo examinó: alrededor de los ojos habían aparecido dos anillos negros que describían sutilmente un círculo que no podía ser otro que el círculo del terror.

Desconcertado, se volvió y quedó contemplando el panorama del parque. El corazón le cabeceaba como un pájaro enjaulado. A pesar de que las agujas del reloj continuaban girando, Matías se mantuvo rígido, testarudamente ocupado en cosas insignificantes, como en contar las ramas de un árbol, y luego en descifrar las letras de un aviso comercial perdido en el follaje.

Un campanazo parroquial lo hizo volver en sí. Matías se dio cuenta de que aún estaba en la hora. Echando mano a todas sus virtudes, incluso a aquellas virtudes equívocas como la terquedad, logró componer algo que podría ser una convicción y, ofuscado por tanto tiempo perdido, se lanzó al colegio. Con el movimiento aumentó el coraje. Al divisar la verja asumió el aire profundo y atareado de un hombre de negocios. Se disponía a cruzarla cuando, al levantar la vista, distinguió al lado del portero a un cónclave de hombres canosos y ensotados que lo espiaban, inquietos. Esta inesperada composición -que le recordó a los jurados de su infancia- fue suficiente para desatar una profusión de reflejos de defensa y, virando con rapidez, se escapó hacia la avenida.

A los veinte pasos se dio cuenta de que alguien lo seguía. Una voz sonaba a sus espaldas. Era el portero.

-Por favor -decía- ¿No es usted el señor Palomino, el nuevo profesor de historia? Los hermanos lo están esperando. Matías se volvió, rojo de ira.

-¡Yo soy cobrador! -contestó brutalmente, como si hubiera sido víctima de alguna vergonzosa confusión.

El portero le pidió excusas y se retiró. Matías prosiguió su camino, llegó a la avenida, torció al parque, anduvo sin rumbo entre la gente que iba de compras, se resbaló en un sardinel, estuvo a punto de derribar a un ciego y cayó finalmente en una banca, abochornado, entorpecido, como si tuviera un queso por cerebro.

Cuando los niños que salían del colegio comenzaron a retozar a su alrededor, despertó de su letargo. Confundido aún, bajo la impresión de haber sido objeto de una humillante estafa, se incorporó y tomó el camino de su casa. Inconscientemente eligió una ruta llena de meandros. Se distraía. La realidad se le escapaba por todas las fisuras de su imaginación. Pensaba que algún día sería millonario por un golpe de azar. Solamente cuando llegó a la quinta y vio que su mujer lo esperaba en la puerta del departamento, con el delantal amarrado a su cintura, tomó conciencia de su enorme frustración. No obstante se repuso, tentó una sonrisa y se aprestó a recibir a su mujer, que ya corría por el pasillo con los brazos abiertos.

-¿Qué tal te ha ido? ¿Dictaste tu clase? ¿Qué han dicho los alumnos?

-¡Magnífico!... ¡Todo ha sido magnífico! -Balbuceó Matías-. ¡Me aplaudieron! -pero al sentir los brazos de su mujer que lo enlazaban del cuello y al ver en sus ojos, por primera vez, una llama de invencible orgullo, inclinó con violencia la cabeza y se echó desconsoladamente a llorar. ♦

Notas / Artículos / Anuncios

DÍA DEL MAESTRO EN MÉXICO

El 15 de mayo se celebra el Día del Maestro en México. En esta fecha se conmemora la labor que realizan los docentes en las escuelas. Generalmente el gobierno mexicano decide dar un día de asueto a los profesores con motivo de la celebración. La conmemoración se realiza desde 1918. Un año antes el entonces presidente del país, Venustiano Carranza, firmó el decreto para establecer la fecha como la oficial.

Esta decisión fue tomada debido a que anteriormente dos diputados, Benito Ramírez y Enrique Viesca, presentaron la iniciativa ante el Congreso de la Unión. Pensaron que era necesario encontrar una manera para que todo el país agradeciera a los docentes por la labor que realizaban. El día se estableció porque además coincidía con la toma de Querétaro en 1867, en la que el Ejército Republicano ingresó a la ciudad y logró capturar al emperador español Maximiliano de Habsburgo y a sus seguidores.



Además, el día también coincidía con otra fecha relacionada con la educación. El 15 de mayo el Papa Pío XII ratificó a San Juan Bautista de La Salle como el patrono universal de todos los educadores. Lo anterior debido a que San Juan Bautista, teólogo y pedagogo, se dedicó toda su vida a preparar a maestros que enseñaran a hijos de artesanos y niños marginados que no tenían acceso a la educación. ♦

LA MATERNIDAD EN EL SIGLO XXI

En este tiempo es fundamental para las madres obtener cuidados, comprensión, aceptación y protección. Luego de atravesar el parto, de tener en brazos un nuevo ser totalmente dependiente, tras la pérdida de identidad que implica este evento en la vida de una mujer, es natural estar desorientadas y necesitar contención y acompañamiento.

¿QUÉ TIPO DE COMPAÑÍA NECESITAMOS?

En primer lugar personas que no invadan con sus propios deseos o expectativas el territorio emocional que compartimos con el bebé. Evitando personas con ideas preconcebidas sobre lo que es correcto o incorrecto hacer, o que hacen comparaciones con experiencias de otros niños, esto sumará desconcierto y angustia cuando sólo tenemos que buscar dentro nuestro para encontrar una manera personal de relacionarnos con nuestro hijo. Necesitamos contar con personas que nos sostengan amorosamente.

¿CUÁL ES EL ROL DE LOS PADRES?

Habitualmente la presencia de un niño nos lleva a reflexionar sobre cómo vivimos, qué esperamos unos de otros, qué organización familiar estamos dispuestos a construir y también nos planteamos los "roles" que como mamá o papá vamos a asumir. Si la madre se hará cargo emocionalmente del niño, necesitará que "alguien" se haga cargo emocionalmente de ella. Y el varón que tiene al lado será el mejor candidato para hacerse cargo de esta tarea. En este caso, no importa qué es lo que hace en función de su paternidad, no importa si baña al niño o si se despierta por las noches para calmarlo. Porque "es" padre en la medida en que sostiene emocionalmente a la madre para que ésta tenga fuerzas afectivas suficientes para acunar al niño.

¿SON COMPATIBLES MATERNIDAD Y TRABAJO?



No importa si trabajamos o no, lo importante es la "presencia" durante las horas que sí estamos en casa, incluyendo la noche, la disponibilidad de afecto, tiempo, contacto corporal que nuestro hijo necesita. Siempre es posible seguir trabajando, si es nuestro deseo o nuestra necesidad, sin

que el niño tenga que pagar los precios del abandono emocional, para esto tenemos que estar dispuestas a delegar todo lo demás que no sea el cuidado del bebé una vez que estamos en casa, colmándolo de besos, caricias, abrazos, sonrisas, pudiendo responder a sus reclamos.

Si comprendemos que lo urgente en casa es estar en contacto con nuestro hijo, nutrirlo de caricias y de leche, entonces el trabajo no será un obstáculo. ♦

LUCILA SOBRERO (PSICÓLOGA)

10 DE MAYO
Feliz Día de las Madres

FUENTE: <https://www.gob.mx/siap/articulos/dia-del-maestro-243276>

¿Te gusta
escribir?

CEA
CENTRO DE EDUCACIÓN ABIERTA



Participa en la
**GACETA
MENSUAL**

ceagacea@gmail.com

Publicación gratuita

Centro de Educación Abierta

Director general
Octavio Nava Cruz

Diseño
Guillermo Serrano

Sitio Web
ceauniversidad.com

gaceta mensual